

ENTRE BARRANCAS

MEMORIA DESCRIPTIVA

El proyecto se concibe como un gesto de respeto hacia la geografía, una arquitectura que no irrumpe, sino que escucha. Se posa en el territorio como una continuidad de su materia, reconociendo en el río, la barranca y el verde extendido, no sólo un soporte físico, sino un patrimonio sensible y cultural que define la identidad del lugar. En este borde entre ciudad y naturaleza, donde la tierra cae suavemente hacia el agua, se propone una intervención que no busca imponerse, sino pertenecer. Así, la operación proyectual se construye desde la topología, desde la forma en que el terreno puede ser esculpido para alojar usos sin alterar su esencia.

Desde esta premisa nace la decisión de organizar el conjunto en torno al Auditorio Metropolitano, edificio que actúa como punto de anclaje visual, funcional y simbólico. Se lo concibe como un volumen claro, nítido, una pieza que se recorta sobre el horizonte del parque y el río como un faro cultural. Su forma definida contrasta con el resto del conjunto, que se disuelve entre taludes, cubiertas verdes y recorridos que prolongan el parque sobre la arquitectura. Es en esa dualidad entre lo visible y lo soterrado, entre lo icónico y lo silente, que se organiza el sistema arquitectónico completo.

El terreno norte aloja el corazón del conjunto. Allí se ubican el Auditorio Cubierto, el Auditorio al Aire Libre, el Restaurante y la Estación Fluvial. Esta elección responde no solo a la dimensión técnica del programa, sino también a una voluntad narrativa: el acceso desde la Av. de los Plátanos, remarcado por la rotonda existente transformada en plaza cívica, estructura un eje que guía al visitante desde la ciudad hacia el río, atravesando arquitectura, parque y paisaje.

El Auditorio al Aire Libre se apoya sobre una depresión natural del terreno. Su gradería, apenas sugerida entre los pliegues verdes del suelo, no impone geometría sino que acompaña la pendiente. Es un espacio para la voz pública, pero también para el silencio colectivo. Puede alojar un concierto o simplemente ser un lugar para mirar el cielo. Su carácter permeable permite que el parque lo atraviese, que no haya límites entre lo escénico y lo cotidiano.

El Restaurante, en cambio, se posa sobre el borde, mirando al río como quien se sienta a contemplar una postal en movimiento. Su terraza se convierte en mirador, en umbral entre el bullicio urbano y la vastedad del paisaje fluvial. La Estación Fluvial, en el extremo este, remata el eje de recorrido y se vincula a los sistemas de movilidad interjurisdiccional, anclando el proyecto en la escala metropolitana y

consolidando un nodo de conexión entre tierra y agua, entre Rosario y el horizonte.

Por tratarse de un uso de carácter cotidiano, la Escuela Superior de Artes se ubica en el terreno sur, separada del conjunto principal por la plaza de la rotonda. Esta decisión permite dotarla de autonomía, tranquilidad y una relación más directa con el entorno barrial. Su organización en torno a patios, terrazas vegetadas y recorridos abiertos promueve la interacción entre estudiantes, docentes y comunidad. No es una pieza cerrada, sino un sistema de espacios intermedios que respiran al ritmo del parque.

El sistema espacial se construye a través del vacío. No se trata de un proyecto de objetos, sino de relaciones. Los recorridos se organizan como extensiones del espacio público, sin interrupciones ni jerarquías abruptas. Las pendientes naturales, las rampas suaves, los senderos curvos entre la vegetación nativa configuran un paisaje activo, accesible y hospitalario. Se prioriza el caminar, el andar en bicicleta, el habitar lento del espacio verde como práctica urbana.

El proyecto trabaja desde la escala del suelo. No se eleva, se arrastra. Sus techos son jardines, sus muros son contenciones, sus accesos son pliegues del terreno. Esta estrategia permite una eficiencia ambiental sin precedentes: mejora la inercia térmica, capta el agua de lluvia, reduce el impacto visual y refuerza la sensación de continuidad paisajística. Se utilizan materiales de bajo mantenimiento, tecnologías pasivas de iluminación y ventilación, y se privilegia la vegetación nativa como forma de restauración ecológica.

A escala metropolitana, el proyecto se propone como nuevo hito cultural del corredor ribereño. La silueta del auditorio, visible desde el río y desde la trama urbana, condensa el espíritu del conjunto: una arquitectura que no grita, pero que se deja ver. Un espacio que puede ser lugar de grandes eventos, pero también de paseos familiares, de encuentros escolares, de tardes sin programa. Es un nuevo parque, sí, pero también un nuevo lenguaje arquitectónico para Rosario y Granadero Baigorria.

“Entre Barrancas” es entonces un gesto de integración, una invitación a convivir entre ciudad y río, entre naturaleza y cultura. No busca definir una forma, sino un modo de habitar. Una arquitectura que no solo se ve, sino que se recorre, que se pisa, que se siente. Una arquitectura que, como el paisaje, no se termina nunca.